

Virus

Víctor Lemus

Virus: Del lat. virus 'veneno', 'ponzoña'. Es un agente infeccioso rodeado de malas noticias, capaz de afectar cualquier sistema u organismo, provocando su colapso.

DRAE; NHGRI; Peter B. Medawar

Ándale, ámate, me dijo Paco por *WhatsApp* anoche, invitándome a escribir un texto, crónica, ensayo breve, cuento, poema, lo que quieras, para un libro sobre los estragos que el nuevo virus está causando. ¿No hicieron eso Boccaccio, Poe, Camus, Saramago, García Márquez?

La comparación, por lo excesiva, más que estimulante me resultó inhibitoria. Yo sólo he escrito tres libros para niños — en los que, hay que reconocerlo, todo el mérito está en los extraordinarios dibujos de Mario Crespi.

No que no tuviera ganas o interés. El problema es que a la originalidad se le acabaron las ideas, se volvió trivial; si acaso, algo ocurrente al barajar lo que en el pasado se ha hecho, pero nada más. No es de hoy que a la literatura la ronda el virus, la ataca y desarticula su capacidad de expresión. Pero en momentos como éste, cuando lo que está afuera de nosotros se llena de signos desconcertantes y nadie consigue ser el historiador de las cosas que aún no son Historia, el colapso es evidente.

No. Definitivamente no se puede escribir con un sistema atacado por virus.

Pero entonces Paco me envió un texto escrito por mano anónima — para mí, pues no quiso revelarme la fuente.

Anda, dale secuencia, me escribió — lo que más acentuó mi convicción de la falta de originalidad de nuestra época, a no ser el invento de la lectura en pantallas luminosas de 6.3”, decididamente agresivas a la vista.

Edificio Firenze, al 1348

Al cabo de las postales que la depuran y magnifican; de las telenovelas que la pasteurizan y realzan el rosa de sus atardeceres en Leblon; de los *bossanovas* que la dulcifican y colocan en la ruta de Occidente; de las estampas de sus *cracks* que hacen de su fútbol ballet; de los cuadros *naïf* que folclorizan sus *morros*; del relato fabuloso de los que hicieron turismo ahí, el lector llega finalmente a Río, famosa por sus 10 kilómetros de piel desnuda tostándose a 40 grados en las arenas de Copacabana.

Enclavado a orillas de la *Baía de Guanabara*, cuyas aguas duplican sus curvas neoclásicas y en las noches las luces le dan el aspecto de un Titanic que navega la noche tropical, se encuentra el edificio Firenze, al 1348 de la calle Paissandu. Elevado a 60 metros sobre el suelo de piedras portuguesas, desde los balcones rigurosos de sus apartamentos con más de cuatro metros de altura la vista es conducida a lo largo de la calle por palmeras imperiales que desembocan en el *Palácio Guanabara*, de igual manufactura. Su fachada, de impecable marfil a pesar de más de un siglo de sol y lluvia, recuerdan a antepasados de lino blanco, sombrero panamá y zapatos de dos colores.

En la historia de la ciudad, fue proverbial la manera en que sus habitantes lidiaron con la pandemia mundial que llegó a la ciudad en marzo de 2020.

Apenas supieron de la presencia del C-19, los habitantes del Firenze, quizá influenciados por el nombre que lo asociaba al país duramente golpeado por la pandemia, prontamente acataron las instrucciones de la cuarentena. Digna de encomio fue su conducta;

más meritoria aún si se toma en cuenta que tuvieron que contradecir la reputada desidia tropical.

No sólo recuperaron el hábito nocturno de leer historias con sus hijos, sino que reencontraron la paciencia perdida para ver completas películas y series.

Durante el día, a falta de empleada doméstica o colegio, jugaban con sus hijos, improvisaban guisos y lasañas. Bebiendo a medio día el vino de la relajación, descubrieron jubilosamente que no era bueno beberlo mientras se preparaba la bechamel, que acababa empelotada.

Para conectarse con lo popular, por la tarde ponían al día su biblioteca o los discos de Dvořák, en especial la Sinfonía 9, *Del nuevo mundo*, las *Mazurkas* de Chopin, las *Rapsodias húngaras* de Liszt o ya de plano *El castillo de Barba Azul*, de Béla Bartók.

De noche, puntualmente, golpeaban cazuelas contra el Tirano, cuyo nombre también se asociaba con un número, el B-17.

Inspirados por los *WhatsApp's* que recibían, se emocionaban con los videos que les llegaban de Venecia, Madrid o Lisboa, cuyas calles estaban desiertas; tomados por ese clima de paz universal que los unía en la cuarentena, se emocionaban al confirmar que la civilización siempre permitiría derrotar a la barbarie. Navegando en internet hasta el amanecer, viralizaban (pronto reprimieron el uso del verbo) en redes el *#ficaemcasa*. Habiendo almacenado alimentos como para 5 meses, todo era cuestión de tener paciencia.

Es verdad que sin la mano experta de las empleadas el baño ya no relucía como siempre, y en las sartenes algunas manchas persistían. Pero ellos estaban haciendo su parte, y si la población contribuía, seguro que la epidemia remitiría en poco tiempo.

De apartamentos vecinos venía a veces el olor del estofado, del pastel de chocolate, el ruido de alguna pieza de la *Berliner Philharmoniker*, que liberó el acceso de sus conciertos por YouTube. Una noche, incluso, fue animada por los coros de algún tenor que vivía en los alrededores.

Las semanas se hicieron calmas y silenciosas, apenas quebradas por el motor de un coche o el repiqueteo distante de un cincel y un martillo. Las pocas veces que se encaramaban intentando ver a través de las palmeras imperiales, veían a algún entregador que en bicicleta andaba en la calle con su cajón de *iFood* a cuestas.

Más allá del riesgo, todo seguía su curso normal.

Una mano invisible retiraba la basura de cada piso, mantenía higiénicos los pasillos, depositaba puntual el periódico cada mañana ante la puerta, limpiaba las calles de las que no subía mal olor, y cuando excepcionalmente había que ir al supermercado por nuez moscada o bicarbonato, mantenía las góndolas abastecidas.

Jamás faltó luz para poder rodar los electrodomésticos, ni internet para intercambiar los mensajes de la solidaridad; siempre hubo agua corriente en los tinacos para llevarse la mugre hasta el caño maestro de la ciudad, y cocinar la comida del aislamiento. El gas entubado siguió llegando con puntualidad para hornear los pasteles de chocolate que requerían 180 grados de calor constante durante 30 minutos para no aplastarse.

El Firenze siempre estuvo bien custodiado por su equipo de porteros, que sólo permitían subir a los ocasionales entregadores de pizza o comida rápida debidamente uniformados, a fin de resguardarse de los asaltos que se hicieron frecuentes en los edificios del barrio, y de los que se sabía apenas por *WhatsApp*.

Sólo cuando veían en la tele filas de gente tomando un autobús para venir al asfalto, o cuando sabían de personas aglomeradas, suspiraban con reprobación y lamentaban la indolencia ante las orientaciones de los sanitarios: lo que se podría controlar en poco más de un mes se normalizaría con suerte allá por septiembre u octubre, quizá sólo con la invención de la vacuna para el C-19.

Por lo que se sabe, esa fue la rutina del Firenze.

Percibiendo la interrupción del relato, le mando un mensaje a Paco, ¿Cómo termina?
Con los bastones azules, veo en el *WhatsApp* que está escribiendo una respuesta que promete ser larga:

No lo sé.

Tras cinco mensajes, me entero de que el autor se encuentra en un dilema y quiere nosotros que le ayudemos a resolverlo. La pregunta es: o lo termina ahí, o añade: “Cinco meses después...”

Molesto por el plagio evidente a Ítalo Calvino, constato que el autor tuvo los mismos problemas que yo, y que en su casa la originalidad también andaba de cuarentena, atacada por el virus del bloqueo.

Pero se había arriesgado, lanzando el desafío. Por si fuera poco, estaba el mérito de incomodarme por el encierro confortable, hoy un privilegio, en el que hago mis adaptaciones.

Recuerdo a Primo Levi, que en medio de la barbarie escribió: *allora prendo la matita e il quaderno e scrivo quello che non saprei dire a nessuno*, intentando abrir los ojos en la noche oscura de los tiempos en busca de una forma para registrar lo que vio en los ojos de la Medusa.

Decido entonces enfrentar el virus y darle continuidad a lo que había leído.

Releo el *WhatsApp* de Paco para inspirarme.

Y pienso.

Una vecina tose durante una hora: me encaramo a la ventana, pero no puedo identificar esa tos seca que tanto describen en las últimas horas. Sí, el virus ya anda pisándome los talones.

Veo un video en el que, en una calle de São Paulo inusualmente libre de basura, desde su ventana, una señora putea a un entregador de pizza que pedalea bajo la lluvia, responsabilizándolo de la pandemia que se extiende.

Se me ocurre entonces que lo que hay que escribir tiene que ser el reverso del relato que me envió Paco: no es en la seguridad de los edificios, sino en la calle, en la intemperie, donde está la literatura.

Los tambores del infierno o Los brutos también aman

Órale pinche Pocho, tú haces como que te amachinas al portero y nos abres el portón. Y al que se ponga al pedo no lo chingamos, le dije mientras él, con la bata de la vigilancia sanitaria, se iba a tocar el interfón.

Ese día había estado chido. Cuando salimos de la primera razia, la Childri me mostró su apañe: unos aretes de oro que le había arrancado de las orejas a una vieja que hacía la cuarentena en su sofá de cuero.

El calor estaba de la chingada a pesar de que ya era otoño, pero estos cabrones, con su aire acondicionado, como que estaban de vacaciones todavía.

Si hubieras visto, me dijo riéndose la Childri, la vieja se arrodillaba diciéndome que agarrara lo que quisiera, pero por favor no le hablara tan de cerca. ¡Pinche vieja! Yo ni le hice caso ¡Vieras cómo le brillaban los aretitos! Pero me valió madres y me le acerqué y le dije que o aflojaba o yo misma se los arrancaba de las orejas, y le metí un zape que le descompuso el copete. ¡Já! Si hubieras visto cómo le temblaban los dedos a la cabrona. Daba gusto verla así, sin sus pinches ínfulas, toda mansita, así que no me pude contener y le arranqué de un pinche manotazo la pulsera que traía. Chida, ¿no? Sí, estaba bastante bien, le dije, acariciándole la muñeca. Yo nomás me acuerdo de los gritos que daba la vieja diciéndonos dónde estaban las joyas, la lana, pero que no nos le acercáramos al viejo que estaba en el cuarto con un respirador, ni a la hija, re culera, flaca y sin gracia, no como la Childri, que también estaba sentada en el sofá. Pero yo igual me le acerqué a la hija, mejor que aflojes la lana ya, le dije, hija de la chingada, si no, chiquita no te la vas a acabar, y las dos se pusieron a chillar, pero el Pocho le puso el arma en la cabeza a la chava y dijo que si seguían haciendo escándalo ahí

mismo se las iba a tronar a las dos, y la vieja se contuvo. Yo nomás de eso me acordaba, porque a mí se me bota la canica siempre que se arma el desmadre y me salen unas ganas de chingarme a todo mundo, pero la Childri me dijo que habían pasado más cosas. Pero que no había pedo, porque con el #ficaemcasa los del edificio realmente no salían de su depa por nada, así se estuviera incendiando.

Las calles estaban vacías, en silencio, y parecía tan fácil que no aguantamos y todavía nos metimos a dos edificios de la cuadra. En uno, la Childri le dio un cachazo en la cabeza a un güey que se quiso poner al pedo, y en otro no me contuve y le metí unos chingadazos a un portero que se quiso poner sabroso.

Al llegar a la colonia, todavía estaban los cuates en la esquina, en la taquería del Cancholita, echando chelas y cotorreando.

¿Qué onda?

Se murió la jefa del Tikis, me dijo Peter pasándome la caguama.

Chales, qué mal pedo.

La semana pasada había sido la tía del Cancholita.

De los primeros que supe eran de gente de la colonia que no conocía. Pero ahora ya le estaba tocando a los familiares de la banda.

Nos quedamos un rato pisteando, conversando sobre los muertos, sobre la gente que ya no salía a la calle, sobre los que andaban repartiendo las cestas básicas que el gobierno daba.

Después de un rato, arrancándome el cigarro de la mano y poniéndoselo en la boca, la Childri me mostró la pulsera, ¿a poco no está chida?

Simón, le dije, acariciándole la muñeca.

Acompáñame a mi casa, ¿no?, me dijo echándome el humo en la cara.

Su jefa ni nos sintió llegar. Estaba bien peda en el sofá, viendo las noticias.

La neta es que jamás me hubiera imaginado su cuarto así, todo lleno de posters de la Trevi, de Thalía, de Chayanne, y adhesivos en el espejo de Hello Kitty, y las Chicas Superpoderosas.

Mientras yo miraba su cuarto, ella forjababa un churro; lo prendió, le dio tres toques y me lo pasó.

Cuando le estaba dando el jalón, la oí toser por primera vez. No sé si por la mota, pero la oí clarito.

Estaba chida, la mota.

Luego que me empezó a hacer efecto, se me quitaron los nervios y le acaricié el pelo. Ella me dio un beso. Era la primera vez que la Childri aflojaba. Y a mí siempre me latió la Childri, la neta, pero no me atrevía. Lo que pasó no lo voy a contar, pero estuvo de pelos.

Estuvimos varios días en su casa.

Su jefa nomás se la pasaba chupando y jamás la hizo de tox.

Así estuvimos.

Echando la güeva.

Y dándole duro: parece que la Childri la traía tan atrasada como yo.

Nomás salíamos a comprar comida a la tienda de la esquina. O a surtir chelas y mota.

Y la Childri, siempre con ganas. Y su jefa, que no deja de ver la tele y chupar.

Hoy me levanté con tos. La tos seca que siempre me da cuando fumo un chingo. Me despertó el Guas del Pocho, diciendo que hoy iba a estar bueno, que nos iba a ayudar su primo el Chente, que hacía la limpieza en un edificio en Flamenco frente a la Bahía.

Y la neta sí, mirándolo de noche parece el Titanic, las luces reflejándose en el agua, navegando solito contra el iceberg, como en la película del Di Caprio. Las calles están vacías y parece que va a estar fácil.

Hace un rato que se acabaron los cacerolazos.

Todo está silencioso. Limpiecito.

El portón se abre y el Pocho, con la bata de la vigilancia sanitaria, me hace un gesto. ¿Ya?

La Childri y yo nos acercamos antes de que se cierre.

No, no es por ahí, y dejé de teclear.

Los autores de ese estilo lo hacían mejor: dislocaban el drama externo para una subjetividad tan dilacerada que ya no veía lo sórdido de la violencia, la hacía parte del mundo, a tal punto que perdía todo escándalo — que sólo escandalizaba a la clase media y al lector bienpensante.

Pensándolo mejor, “lo opuesto” no tiene por qué ser esa violencia estereotipada. Ya no funciona.

La única originalidad de nuestro tiempo es que con el invento de las computadoras por lo menos se acabaron los cestos repletos de malos borradores.

Fui por un té y a la vuelta intenté otro comienzo:

Zopilotes

Con el amanecer, las sombras se disuelven y en el horizonte, como colmillos que salen de la boca negra de la noche, despuntan los edificios de la ciudad. De este lado de las casuchas de cartón armado, amanece con el olor de la basura que se incendia.

—¡Arriba, flojos! —gritó el tío Tobio. —¡Nico! ¡Pepe!

Era el segundo día que Pepe no se levantaba. Había pasado mala noche, entre fiebre y quejidos, con el tobillo hinchado.

—¡Ándale, güevón! —dijo el tío Tobio arrancándole la manta raída y de un tirón lo echó al suelo. Pepe intentó dar un paso, pero al apoyar el pie, se vino abajo.

—¡Mañoso! ¡Mañoso tenías que ser! —y se dio la vuelta hablándole a Nico: ponte el agua pal café.

Después de prender la hornilla que estaba en un rincón del cuarto, Nico salió al basural, cogió un pedazo de pan duro de una bolsa de plástico que colgaba de una viga y mientras masticaba, volvió a donde estaba Pepe.

A su espalda, oyó la tos seca y pastosa del tío Tobio, buscando en los costales algún remedio para la resaca. Se quedaba bebiendo hasta tarde en el patio, mirando a los lejos la vida de los edificios de donde llegaban los ruidos del júbilo por los goles de la selección o los cohetes de año nuevo. También llegaba de allá la ropa vieja, el material descartado de hospitales, restos de comida — de lo que algo se podía aprovechar.

—Vámonos —alcanzándole un pocillo de café y un pedazo de bolillo, Nico le susurró a Pepe, que se rehusó, mostrándole el tobillo.

Mientras trataba de convencerlo, tronó la voz del tío Tobio:

—¡Vete ya, holgazán!

Esa mañana, Nico tuvo que hacer solo los malabarismos en el semáforo. Dos días antes, Pepe, en el número en que se le subía a los hombros, encandilado con el brillo del sol rebotando en el parabrisas de uno de los coches, perdió el equilibrio y cayó de mal modo, lastimándose el tobillo. Después de eso, ya nada salió bien. Más tarde, mientras él hacía el del tragafuego, Pepe se tardaba demasiado al pasar entre los coches extendiendo la mano, y la gente les dio poco dinero.

A pesar de que había amanecido con el tobillo hinchado, no quería dejar solo a Pepe porque sabía que el tío Tobio le iba a pegar por cualquier cosa con el cinto de hebillas. Y estaba también aquello que a veces los obligaba a hacer. Eso era lo peor.

Con el decreto de la cuarentena, el movimiento estuvo más bajo: la mayoría de los que tenían coche se quedaron en casa por miedo al contagio. Por los chicos que lavaban

parabrisas, vendían chiches o revistas en el semáforo supo que en las favelas el número de muertos estaba creciendo.

A pesar de la poca actividad del día, esa tarde se cansó más que lo normal. Al menos le pareció que el basural quedaba más lejos que de costumbre.

—¡Nico! —le gritó el tío Tobio al verlo llegar. Estaba ebrio, sentado en la silla de playa despanzurrada. —¡La comida!

Al entrar al barracón, oyó a Pepe, que lloraba bajito.

“Lo hizo de nuevo”, pensó.

Pero Pepe le dijo lloroso:

—Me duele mucho, Niquito.

El tobillo se había vuelto una bola verdosa.

Fue al costal donde estaban las cajas de remedios, tomó una pomada y se la untó a Pepe.

Calentó la sopa del día anterior, la sirvió en un plato y se la llevó al tío Tobio, que miraba los zopilotes volando en círculo.

—Trae acá —le dijo, arrebatándole el plato con los malos modos de siempre.

Masticando con boca torva a la que le faltaban los dientes de enfrente, restos de comida se le pegaban en las encías y en las comisuras de los labios, y salpicaban hacia afuera, cayendo de nuevo al plato.

Esa noche, el tío Tobio se durmió temprano. A sus más de 60 años, le costaba trabajo reponerse al día siguiente de las borracheras. Pepe se la pasó tosiendo y con fiebre por el tobillo hinchado. En sus delirios, Nico creyó haber oído alguna mención a la sombra fresca de las palmeras imperiales.

—¡Arriba, holgazanes! —al amanecer, gritó tosiendo el tío Tobio.

Pero Pepe no se pudo levantar.

—¡Siempre las mismas mañas! —y salió al basural a hurgar en busca de algo para comer.

—Vámonos —le dijo Nico, pero Pepe no podía levantarse. Además de la fiebre alta y la tos, tenía la pierna más hinchada que anoche.

—Vete ya —tronó la voz de tío Tobio, y Nico se fue.

En la calle, el movimiento bajó aún más: pocos coches circulaban. Y estaba la nueva ley: al que agarraran en la calle rompiendo el decreto de cuarentena, lo echaban a patadas. Los pocos conductores, cuando paraban en el semáforo, les gritaban: ¡váyanse a su casa! ¡Váyanse ya! —y aceleraban subiendo el vidrio del coche.

A pesar de la falta de movimiento, ese día se sintió más cansado. Estaba la tos. Pero también la ausencia de los que a veces les dejaban un plato con arroz y frijoles.

Con la falta de coches, el cielo estaba más claro y azul, y las calles más lustrosas. De allá a lo lejos, de los edificios llegaban risas y música.

Esa tarde, la cuesta del terregal se le hizo más pesada.

Sentado en la silla de playa, ebrio, el tío Tobio miraba los zopilotes, que volaban bajo.

En el barracón, Pepe lloraba con la pierna cubierta por un esparadrapo sucio.

—¿Lo hizo de nuevo?

Esta vez Pepe asintió.

Con falta de aire, Nico se dejó caer en el colchón. ¡Lo había vuelto a hacer!

Se levantó. Sintiendo falta de aire, con una tos seca, empezó a cortar las papas y a echarlas en la cazuela. Se oía el llanto bajito de Pepe. Prestando atención, también se podía oír la tos del tío Tobio allá afuera.

Mientras cortaba las papas, con el cuchillo en la mano, recordó lo que le habían dicho en el semáforo: sólo entre los viejos el virus era mortal.

Con el plato en la mano, le dijo a Pepe:

—Hoy mismo se acaba.

Afuera, el tío Tobio seguía en la silla, alorado con dos zopilotes sin plumas que se disputaban un avechicho en estado de descomposición.

Con el plato en la mano, Nico avanzó hacia el tío Tobio.
Bajo la camisa, el cuchillo.

¿A quién se le ocurre que el naturalismo puede contar el revés de esa historia? ¿La pobreza es así de pasiva? ¿Y esos mundos son así de desconectados?

Camino entre mis libros, constatando que el más malo es infinitamente mejor de lo que yo pueda ensayar.

A ver, ¿cuáles son los géneros que representan a los pobres?

Y consulto.

Va de nuevo.

Vida y andanzas de Juancillo de Barbacena (Fragmento)

Otro día, pareciéndome no estar ya seguro en Barbacena, fui a Rio de Janeiro a probar fortuna; y aunque parecía que cambiaba lo seguro por lo dudoso, confiaba que con los certificados y los títulos de mi anterior patrón, que estaban en mi poder, las cosas mejorarían. Y considerando que es más difícil pescar una trucha en un cardumen que en una pecera, y como más prisa lleva el que tiene hambre que al que lo persigue el diablo, llegué a una pequeña botica de Flamengo para pedir empleo.

Quiso la prudencia aconsejarme no ir a las grandes, como la *Pacheco*, las *Venancio*, *Drogasmil*, *Rio Farma* o *MaxMed* porque seguro iban a checar el CRF que traía. Y no me equivoqué, porque el dueño, un viejo calvo y adiposo, miró los documentos sin preguntarme nada y dándome un guardapolvo con el logotipo me dijo que empezara ya, porque el anterior ayudante se le había acabado de ir.

Esa noche, ante mi falta de lugar donde dormir, mi nuevo patrón me dio la dirección de su hermana, que vivía sola en Copacabana, para que me alquilara un cuarto mientras encontraba algo mejor. Era una vieja con una piel que parecía hecha de cartón mojado que por trescientos reales al mes me dejaba dormir en el cuarto de empleada. Sabiendo que andaba con una mano adelante y otra atrás, por 20 reales más me alquiló un colchón viejo, una sábana raída y una almohada hedionda que de seguro acumulaba las babas de cuanto ingenuo había pasado por su casa. Quiso mi buena estrella que le alquilara el otro cuartucho que tenía junto a los tendedores a don Luis, un viejo que trabajaba como mesero durante el día en el *Sindicato del Chopp* y que, hartado de 40 años de un casamiento infernal, acababa de separarse. Fumaba sin parar y siempre llegaba con cerveza y comida del bar.

A veces me invitaba a su cuarto a oír la radio y hablar de política. Odiaba el fútbol, que le parecía una actividad de rufianes.

—¡Qué voz! Parece que canta con el clítoris —me dijo emocionado una noche mientras oíamos a María Bethânia y comíamos *bolinhos de bacalbau* con cerveza.

En la farmacia, a pesar de mis papeles, los primeros días el patrón me puso de entregador. Como en dondequiera se cuecen habas, me hacía andar todo el día bajo el solazo con los pedidos y sin ponerme en el salario el importe que añadía por cada entrega.

—A nosotros nos hacen lo mismo con el 10 % de las cuentas —decía don Luis masticando las sardinas en escabeche que se traía del bar. —Ponte vivo.

Cuando se supo lo del virus, las ventas de papel higiénico y alcohol en gel aumentaron. La gente entraba en la farmacia y se llevaba cantidades como para seis meses. Mi patrón, que fuera las salidas que hacía para ver a su querida no descuidaba el negocio, me dijo, dándome un rotulador:

—Etiquétalos.

En el nuevo precio, el papel aumentaba tres reales y el alcohol, más escaso, cinco.

Y no sólo eso. Como él tenía mirada de catalejo e iba tres pasos delante de la procesión, con las medidas de aislamiento descubrió que en realidad podía remarcar toda la farmacia antes de que la vigilancia sanitaria nos cayera, así que todo aumentó de uno a diez reales. Y hasta hubo productos, como el suero fisiológico o la loratadina, que doblaron su precio.

Para distinguirse de las farmacias grandes —nunca supe por qué tanta paranoia entre la gente de un barrio tan culto y distinto—, y aunque el calor todavía era terrible a pesar de ser otoño, me hacía ir de mascarilla y guantes para mostrar que trabajábamos con medidas extremas de seguridad.

Pero no daba para andar así junto a esas palmeras imperiales que se chupaban todo el aire, así que sólo me ponía los guantes y el cubrebocas después de que el portero me anunciaba, liberándome para subir.

Por miedo al contagio, normalmente, la gente me hacía dejar en la puerta, en el suelo, la bolsita con el pedido, y me dejaban, también en el suelo, el dinero, y a veces uno o dos reales de propina. Cuando bajaba, ya sin el cubrebocas y los guantes, los porteros se reían, moviendo la cabeza. Yo les sonreía, les guiñaba un ojo y volvía a la farmacia. Estaba tranquilo: decían que el virus no era letal en mi edad. Y me decía que el que sobrevive a lo que yo, un virus pedorro de esos no vale un ardite.

En el apartamento, don Luis empezó a llegar todas las noches con algún producto de limpieza que hurtaba del restaurante y se lo daba a la vieja para que limpiara, pero ni así había caso.

—Ésta se cree que somos hipopótamos —decía tosiendo mientras prendía un cigarro con la colilla del otro.

La oportunidad la pintan calva. Un día, Zezinho, un entregador de las *Drogarias Pacheco* que conocí en el barrio, me habló de unos amigos que trabajaban en el Hospital de la esquina, en la *Casa de Saúde* de la Pinheiro Machado. Se habían organizado para distribuirle al hospital y a otros algunos materiales para los enfermos del virus. Cuando empezó la escasez de alcohol en gel, me dijo que sus amigos, por una comisión, nos daban los frasquitos. El negocio funcionaba así: yo compraba las botellas de alcohol en gel de 420g de la propia farmacia, las trasvasijaba en recipientes menores de 30 mililitros, y le ganábamos mucho más con la gente a la que obligaban a trabajar y, con miedo de contagiarse en el camión, estaba dispuesta a pagar lo que les pidiéramos.

Otro día, cuando el Tirano dijo, e red nacional, que el *Reuquinol* curaba el virus, el patrón me dijo:

—Recoge todo el producto y guárdalo en la bodega.

Dicho y hecho: luego luego empezó a llegar gente con recetas falsas, pidiendo tres o cuatro cajas.

—Se nos acabó, pero ya le llamé al laboratorio —les decía con una risa servil. Y les daba la tarjeta de la farmacia. —Llámenme mañana después del mediodía para ver qué se puede hacer.

Nuevamente, me dio el rotulador con un precio que duplicaba el valor original.

Ya le estaba agarrando gusto a la ciudad. Comparado con esto, Barbacena era casi un retiro espiritual. Lo bueno de ese sistema es que cada uno se las arreglaba por sí mismo. Y como para mí era sagrada aquella máxima de que Camarón que se duerme amanece en el coctel, al día siguiente Zezinho y yo compramos todo lo que había de *Reuquinol* en la farmacia y lo llevamos al *CSPM* de la Pinheiro Machado, que nos cobraba una comisión por venderlo a tres veces su precio.

¿Y los que iban a la farmacia a buscarlo? Como el patrón pasaba la mañana en la casa de su querida era más fácil decirles que ya se había acabado, que alguien había llegado antes y para el próximo lote (que ya estaba a camino) había que adelantarse. A pesar de las

protestas, las ofensas, los ruegos, el llanto de los enfermos de lupus o artritis, no había nada qué hacerle... A no ser tomar algún remedio paliativo, que también había sido reetiquetado. Pero como el patrón no estaba, Zezinho y yo llegábamos antes y ¡chau! el nuevo lote.

A partir de entonces, comenzaron las reclamaciones, gente que llamaba preguntando por el remedio y ante la negativa amenazaba con llamar al *Procon*, al Consejo Regional de Farmacia y hasta al Eterno, insultándonos por andar jugando así con la vida de los otros, pero no había caso.

Las muertes comenzaron a aumentar más que exponencialmente: 2, 15, 48, 308, 715, 1,300, 2,122, 2,998..., no sólo por el virus, sino por las enfermedades postergadas por el sistema de salud. Y el movimiento de la ciudad bajó, no así el de nuestros negocios, que no conocía mengua.

—Ahora está tranquilo —me dijo don Luis mientras cenábamos, en su cuarto, lomo de cerdo en cebolla. —Con lo de las entregas por lo menos se acabaron las teles con tanto fútbol y tanto grito. ¡A la vida! —y levantó su cerveza para brindar.

Pero como la vida es una tómbola tom tom tom, y al día lo sigue la noche, y en la rueda de la feria lo que sube también baja, una mañana, mientras yo volvía de hacer una entrega, el patrón, que estaba con un señor de traje, me miró de forma seria y me dijo, levantando la mano:

—¡Juancillo! ¡Ven aquí!

No. No vamos a resucitar la picaresca tradicional cuando la que está viva es más interesante. Si yo fuera un académico, estaría bien como ejercicio de estilo para jugar con *uno de los géneros más importantes de nuestra tradición literaria*, como decía el maestro Rico. Pero no es mi caso, porque yo sólo soy un escritor de literatura infantil que lleva menos lana que los ilustradores.

Está bien eso de que el personaje es un espejo que distorsiona (¿o nos hace ver distorsionado?) lo que es. Pero no. Y además la literatura tiene que ser más propositiva.

Y voy de nuevo.

Largo da Liberdade

¿Dónde andaba nuestro hombre?

Al salir del metro Carioca, en la avenida Rio Branco, nos dispersamos por las laterales: Almirante Barroso, Nilo Peçanha, Rua da Assembleia, Sete de Setembro, Rua do Ouvidor, Rua do Carmo, Rua do Rosário, Buenos Aires... Otros llegarían por detrás del *Palácio Tiradentes*, completando el anillo desde la Praça XV. La consigna era llegar con discreción, y actuar.

Nadie sabe cómo empezó todo aquello, quizá por la rabia después de un tiroteo en la comunidad, o de la impotencia tras una misa más de plegarias y resignación. Quizá fue más lento; tal vez en algunas clases de historia de los cursos ofrecidos por el colectivo de favelas, se fue construyendo la idea.

Lo raro es que partiera de él, simple obrero tercerizado de la construcción, y no de uno de los profesores del curso. Alto y seco, vivía con su madre en un barracón alquilado al final del *morro*, desde donde se sentaba en las tardes a fumar sus cigarros de paja y mirar la ciudad.

En los cursos del colectivo, un joven universitario orientaba, proponía un debate, y nosotros leíamos y discutíamos, a veces hasta el límite de la enemistad. Fue así como un día llegó a las sesiones. Lo que más nos llamó la atención fueron sus lentes: cuarteados del ojo izquierdo y remendados con cinta adhesiva para no desmoronarse. De habla mansa y decidida, costaba trabajo imaginarlo con sus botas de minero y el overol de la empresa durante todo el día, bajo el calor de 40 grados, taladrar el asfalto.

Una noche, discutiendo un libro de un sociólogo importante del país, dijo:

—Cuando esos intelectuales dicen “Todos”, en realidad se refieren a los pocos que para ellos cuentan. Para ellos, nosotros somos apenas “los demás”, el populacho, o pueblo bárbaro. Por eso, en sus libros —prosiguió— se ve en realidad el discurso sobre las ventajas para el país de la prosperidad de unos cuantos. Y la gleba, ¿cuándo preparará la venganza? ¡Desdichado el pueblo que necesita de héroes!

Un domingo que el profesor de geografía nos llevó a conocer la arquitectura de la ciudad que ejemplificaba la historia de la dominación (*Mosteiro de São Bento, Fortaleza da Conceição, Cais do Valongo...* y otros de manufactura más reciente), ante la fachada de un edificio modernista, nos sorprendió:

—En los trópicos, los burgueses se resignan a serlo, ya que no pueden ser aristócratas.

Otro día, mientras discutíamos un soneto barroco, ante nuestro entusiasmo, comentó:

—“Alcurnia” quiere decir saberse el nombre de los bisabuelos. ¿Alguien de ustedes se sabe el de los suyos?”

Probablemente, todo empezó el día en que uno de los muchachos del colectivo faltó porque se le murió la abuela. Hasta ese día, las noticias sobre el virus eran inciertas: se sabía que aún no había cura, que en China toda una ciudad estaba en cuarentena, que la Venecia en que muchas de las buenas novelas burguesas se ambientaban estaba bajo el toque de queda.

Nuestro hombre ya había dicho:

—Para los periódicos de aquí, nosotros somos como una ciudad aparte, con nombre fijo y todo: “italianos”, “españoles”, “chinos”, “favelados”. Y ya nos tienen sitiados desde hace décadas: cuando el virus llegue, nomás nos van a echar la llave para que no los contaminemos.

Pero con esa muerte las cosas se volvieron concretas, palpables.

En los días siguientes, la pandemia se extendió por el *morro*.

En el asfalto, cundió el *#ficaemcasa*, pero nosotros, ¿cómo? Ellos, que tenían como aguantar por meses en sus apartamentos de aire acondicionado, jamás se preguntaron por qué en la ciudad no habían cundido el mal olor ni las ratas; por qué el periódico llegaba puntual a su puerta; por qué jamás faltaban productos en las estantes de los supermercados a pesar del pánico con que llenaban carritos depredándolo todo con su vulgaridad de siempre, sin pensar en los demás; y menos aún por qué sus edificios estaban siempre limpios, perfumados, con portero 24 horas en época de asaltos, y ni por qué aún tenían agua corriente, luz, gas, internet, entregas puntuales de comida o farmacia.

Y para colmo, para escándalo de todos, el Tirano afirmaba que todo eso no pasaba de una gripecita, que había que volver al trabajo para que no colapsara el país. A pesar de que de noche llegaba hasta el *morro* el eco de los cacerolazos, de la indignación electoral de gobernadores, de la indignación oportunista de empresarios, de la indignación pasiva de ministros, de la indignación disciplinada de militares, de la indignación teatral de medios de comunicación, de la indignación desmemoriada de los edificios, no había un movimiento decisivo para tirarlo.

—El Tirano no se pertenece. Es el carozo, el núcleo duro de un sistema que lleva ahí décadas, y que esta vez lo necesitó para continuar en el poder. Es su chivo expiatorio. Y todavía no acabaron de colgarle todos los milagritos. Cuando lo hagan, van a entregar su cabeza para que todo continúe como está.

Lo dijo así, a través del cubrebocas, cuando a iniciativa del colectivo de favelas nos reuníamos para distribuir los paquetes de arroz, frijoles y azúcar en las casas donde había contagiados. No le veíamos los ojos, fragmentados a través de sus lentes trizados.

En las redes sociales, cada vez ganaba más fuerza el #*ficaemcasa*, mientras que en el *morro* aumentaba el número de cadáveres sin obituario. Todos los días bajaba una comitiva triste y rápida para enterrar a los muertos, que se multiplicaban a cada día.

—Y todavía dicen que el virus mata “democráticamente”. Nada en la sociedad desigual es democrático. En un primer momento de ignorancia, ricos y clase media trajeron el virus de unas vacaciones a las que nosotros no tenemos acceso. Ahí mató a unos cuántos de ellos. Pero se lo transmitieron a sus empleadas domésticas, lo diseminaron entre los trabajadores de supermercados, restaurantes, entre sus empleados. Pasado ese primer momento, ellos están en refugios con aire acondicionado, música y reposo, aguardando que del extranjero que tanto admiran venga la vacuna para acabar con el virus. A partir de ahora, a nosotros nos toca ponerle los muertos a las estadísticas.

Apuntando con el dedo hacia la Bahía allá abajo, dijo:

—Mírenlos: están en sus casas. Asustados. Escondidos. Sin hacer nada.

Y nos miró como quien estaba en el secreto.

Fue así como, aprovechando que ellos estaban en la cuarentena de sus casas, nos expuso el plan.

Tenía razón: las calles están vacías; sólo quedan los mendigos y desabrigados apiñados en sus cobijas raídas bajo los portales de la Presidente Vargas sin que nadie (“de los que cuentan”) vea por ellos. Lo único que persiste es el calor, que nunca termina. Y el olor a sal y orines de la Bahía.

Diseminados en las esquinas, desde la Antonio Carlos vemos las alegorías inútiles de la *Independência* y la *República*.

En efecto, la guardia no está.

Los que vinieron por la Praça XV ya están en sus puestos, listos para cerrar el anillo. Esperamos la señal de nuestro hombre para tomar la *Assembleia Legislativa* por asalto. ¿Dónde está?

¡Carajo, qué cosa! Si me viera Zolá, me diría: ya nomás ponle una tesis y hacemos la revolución.

No. Parece que adoptar un punto de vista, o un ángulo de narración, siempre está sujeto a riesgos.

Puede ser que el estilo impersonal de los informes y las estadísticas tenga más chances de prosperar. ¿Quién soy yo para andar metiendo mi punto de vista? Además, como dijo Wittgenstein: *de lo que no se puede hablar hay que callar*.

Y vuelvo:

Inventario

La primera muerte apareció el 12 de marzo de 2020 en el *Hospital Municipal* de Juiz de Fora, Minas Gerais. Jesildes da Silva, empleada doméstica, 68 años, había agonizado durante tres días bajo el delirio de la fiebre y una respiración que se fue haciendo cada vez más difícil hasta que, con los labios amoratados, sufrió un paro respiratorio a las 11:35 de ese día. De acuerdo con sus familiares, la tos seca había comenzado una semana antes, al volver de su trabajo. Afirmaban que su patrona había estado en Italia en las vacaciones, pero los médicos contradicen esta versión. En el parte, consta que murió a consecuencia de la presión alta y la diabetes preexistentes, que al combinarse con el virus resultaron fatales. Contrariando los deseos de la familia, su cuerpo fue cremado y enterrado con prisa para evitar el contagio.

El 13 de marzo, todos los noticiarios anunciaron con amplios reportajes que la peste había llegado a la ciudad. No hay registro de óbitos ese día. Sin embargo, un científico

especula si en realidad los muertos no empezaron antes, teniendo en cuenta que en China hay casos desde diciembre y el comercio con ese país es intenso. Nadie le dio secuencia a esa hipótesis. En su discurso de la noche, el Tirano, bajo el estruendo de las cazuelas, acusó a la prensa de conspiradora y petista, ya que se negaba a noticiar casos en día 13.

El 14 de marzo a las 5 de la tarde, a las 5 en punto de la tarde, a las 5 de la tarde, víctima confirmada del virus, dejó de existir en el sanatorio español Delfina Melián Lafinur, de 72 años. Considerando que ese verano no había viajado, la familia sospecha que contrajo el virus en la tertulia de Lita Marques (Ariela Albuquerque Gomes Reis dos Andradas e Marques), sito en Av. Atlântica 1348, posto 6, Copacabana. Teniendo en cuenta la gravedad de la situación, Delfina fue enterrada con prisa y sin el boato a que están acostumbrados los de su estirpe. A pesar de que su eterno pretendiente, el egregio bardo Carlos Argentino Daneri, no pudo tributarle honores en el Cementerio de *Caju*, todos los periódicos publicaron los versos salidos de su plectro incansable:

He visto, cual tebano, la ira de la peste,
y maldigo a la parca, que así nos contamina.
Yaces tronchada aquí, en tierra agreste,
Sin conocer varón, Delfina.

El chico se llamaba Alison do Espírito Santo, y era entregador autónomo de la red *iFood*. Había estado tosiendo toda la semana, y a pesar de que sus amigos le decían que se fuera a su casa o al hospital, alegaba que necesitaba incrementar las entregas. Sus compañeros supieron del deceso porque uno de sus hermanos les mandó un *WhatsApp* el 15 de marzo informando que podían tomar sus pedidos, ya que en algún momento de la madrugada Alison había dejado de respirar. No fueron las autoridades, sino la brigada que se había organizado en la favela para distribuir alimentos y cuidar de los enfermos, la que lo enterró con prisa.

El 16 de marzo se registraron dos casos. Pablo Ancel, 52 años, rumano, poeta y profesor de literatura, amaneció sin vida en su apartamento. Algunos afirman que murió de consunción, aunque las estadísticas lo sitúan en la ruta del virus. Los que lo conocieron, poco pueden alegar: no salía de casa, nadie lo veía, y no comentaba su dolencia con nadie. El segundo fue el de un mendigo que amaneció envuelto en sus cobijas astrosas bajo un puente del Aterro do Flamengo. Teniendo en cuenta que el Firenze se encuentra en el mismo barrio, algún suspicaz afirma tener indicios de que algo conecta ambos óbitos.

Para el 17 de marzo los casos aumentan exponencialmente. Sin embargo, los noticiarios sólo dan cuenta del óbito de José Pinheiro de Souza, presidente vitalicio del *Banco Crediticio Lisboa*. Los detalles (96 años, magnate durante el Salazarismo, fallecido en el *CUF Infante Santo de Lisboa*, lo sobreviven tres hijos) salen sobrando. La noticia que acapara la atención es la democracia con que actúa el virus, que no distingue clases sociales, algo inédito en la historia de las pandemias mundiales.

El 18 de marzo, tras una noche de sueño intranquilo, Juan Pérez se levantó y le mandó un *WhatsApp* a su orientador. Estaba realizando su tesis de maestría sobre infectología en la *Fiocruz*, y al revisar las noticias de los periódicos, tuvo la revelación. ¡Eureka! ¡Había encontrado el patrón de conducta del virus! Su orientador, que lo conocía perfectamente, le respondió lacónicamente: “Ponte a estudiar la bibliografía que te di, y déjate de joder.” No se sabe que Juan Pérez haya respondido algo.

El 19 de marzo los casos fueron incontables. Se especula entre 42 y 56, teniendo en cuenta lo deficiente del sistema de salud, la falta de exámenes confiables, y de que muchos síntomas de la enfermedad se confunden con los de otras. La noticia del día, sin embargo, es otra. Gábor Szálasi, 64 años, casado, ministro de economía de Hungría, militante del *Fidesz-Unión Cívica Húngara*, que apoyó el golpe de estado en su país, se colgó de una viga del *Országház* al saber que había contraído el virus. Ante la onda de chismes sobre el comportamiento democrático del virus, prefirió no aguardar al sufrimiento de la agonía.

El 20 de marzo de 2020, en su casa que aún preservaba el olor de la guayaba...

No. No funciona. La realidad puede ser bizantina, pero la literatura no.

¿Literatura?

¡Claro!

Era ahí donde estaba la trampa en la que me había metido Paquito. Uno no puede andar escribiendo a lo loco por ahí, y creer que habla por todos. ¡Que cada uno se manifieste!

¿Cómo terminaba el cuento que me mandó? ¡Que su autor lo resolviera!

De todos modos, siempre me ha parecido cuestionable que alguien tenga la tranquilidad para contar bien algo que nos toca visceralmente a todos. No se puede hacer poesía sobre Auschwitz, principalmente *si estás* en Auschwitz.

No. Que me perdone Paquito, pero no da.

Eso fue lo que le puse en el *Whats* y volví a mi trabajo de adaptador de cuentos infantiles, que además de pagar las cuentas me permite contribuir a que los niños conozcan y disfruten mejor este mundo que les vamos a dejar. Y eso es lo que sí puede hacer la literatura.

El despertar de Aurora

Cinco meses después, tras contabilizar un saldo de 18,859 óbitos y 291.579 infectados oficialmente (las conjeturas quintuplican las cifras), el Ministro de la Salud decretó solemnemente, en red nacional, que el virus había sido derrotado. Súbitamente, el país rugió de júbilo por el fin de la cuarentena: de todos los balcones se oyeron gritos de alegría, en los *morros* soltaron cohetes y en las calles se oyó el trepidar de las bocinas.

En sus casas, todos se miraron, alborozados, dudosos, desconfiados, preguntándose cómo volver a la normalidad. Con los músculos atrofiados por el letargo, se precipitaron a la ducha y buscaron en el armario, entre naftalina, la ropa de salir.

La leyenda cuenta que el reino volvió a la normalidad cuando Aurora abrió la puerta de su departamento y las telarañas se rasgaron, desprendiendo filamentos de tejido y polvo que cayeron sobre sus rizos dorados. Caminó por el pasillo que aún olía al pinol con que esa mañana el empleado había trapeado el suelo. Bajó las escaleras con paso vacilante, cuidando no tocar el pasamanos por si algún virus aún sobrevivía. Saludó a los porteros que ya estaban listos para las labores de un día más de trabajo, empujó el portón con el codo para no tocar los barrotes y contaminarse, y salió corriendo por la calle, bañándose de luz y de vida. La escena está registrada en *Misterio y melancolía de una calle*, de Giorgio de Chirico.*

Después de esto, lo que se dice es incierto:

Los portones herrumbrados crujieron para que los coches, sucios de polvo y con las llantas bajas, salieran al *DryWash*.

* Se aconseja a Mario Crespi inspirarse en el estilo de este dibujo para las ilustraciones del cuento.

En las calles volvió a oírse el eco de los pasos, y la gente, al encontrarse, se miraba con asombro, desconfiando primero y reconociéndose después, saludándose como si fueran habitantes de planetas distintos. Y luego seguían su rumbo para no observarse nunca más.

En los salones de belleza, a codazos, las mujeres se disputaban los sofás para depilarse, cortarse y teñirse el pelo, hacerse las uñas, y recuperar la seducción perdida. En las barberías, los hombres hicieron lo mismo, volviendo a contar, entre carcajadas, los mismos chistes sobre el encierro y la monovaginalidad impuesta.

Las mesas de los bares volvieron a llenarse de jubilados y aburridos ávidos de conversación.

Salidos de donde siempre, los mendigos volvieron a pararse en la puerta de los restaurantes, en las esquinas, afuera de los supermercados, para pedir dinero o comida.

Y después de que todas las familias felices intentaran, en vano, parecerse unas a otras, las palabras y los actos del Tirano volvieron a despertar, divididos, los aplausos eufóricos y las cazuelas indignadas.